

1. Cuando todo te abruma.

“Todo esto está en el sentido de nuestra existencia” -se repetía una y otra vez como terapia para superar lo que siempre fue y nunca llegó-

Hacía más de dos horas que Juan, recostado sobre una cama de sábanas blancas de hospital, relataba su odisea de hacía años a una joven alta y muy bien parecida que se encontraba sentada junto a él en aquella habitación. Una habitación de paredes azules y luces de color pastel. Ella, en silencio, con una lágrima deslizándose sobre su mejilla, sonreía mientras sus ojos no perdían de vista la cara de aquel anciano que yacía, boca arriba, en aquel lecho.

“Nadie dijo que la vida fuera fácil, nadie lo dijo, y menos aún cuando la analizamos minuciosamente y con capacidad de juicio para discernir y valorar las cosas. Pero esto es lo que hay y es lo que comenzamos a aprender desde muy temprano, que de este –tren- sólo hay dos maneras, principalmente de apearse: una que es muriéndote de forma natural y otra suicidándote. De momento no tengo intención de ninguna de las dos” -se repetía Juan observando a través del cristal de su coche el oscuro velo que la noche cernía sobre la ciudad, mientras la luz de los faros de su coche se abrían paso en su regreso a casa- la pregunta a estas reflexiones era el miedo a vivir que todos tenemos. Un miedo que se infunde desde pequeños y que nos perturba de mayores. Cada día, la vida regala un mundo lleno de color, una nueva oportunidad para transformar ese desasosiego en victoria. Pero hay escenarios con tarimas elevadas desde las que imponen ese recelo que turba a las mentes para ser engañadas a diario. La esencia que llevamos guardada en nuestro interior, la llama viva que nos mantiene en la realidad es la que hace mover las manecillas de nuestros relojes internos. Vivir la vida como una oportunidad única que se nos presenta minuto a minuto y que desgraciadamente, no sabemos aprovechar como deberíamos.